

LA MARIPOSA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE

LITERATURA, TEATROS, MODAS, NOTICIAS, CRÓNICA INTERIOR Y VARIEDADES.

LA MARIPOSA.

MONTEVIDEO, 15 DE JUNIO DE 1851.

EDUCACION RELIJIOSA.

Ya hemos tenido ocasion varias veces de ocuparnos de la instruccion popular, pero como es esta una de las cuestiones, cuya importancia comprende la felicidad futura de nuestra Patria, creemos que debe ser considerada bajo todos los aspectos que presenta.

El tiempo en que se hacia un misterio de la ciencia, ha pasado ya; ella ha dejado de ser el patrimonio de una clase privilegiada de cuyos limites no pasaban sus benéficos

destellos; no existirán ya inteligencias que predestinadas tal vez para aumentar el brillo de esos mismos destellos, permanezcan en inaccion por no comprender la mision grandiosa con que vienen á la tierra. La instruccion popular ha llegado hoy á ser destinada á su verdadero fin; ella se estienda tanto al pobre como al rico, al hombre como á la mujer; y á la verdad que esta variacion explica bien el progreso que se siente en nuestro siglo.

Pero es inútil insistir sobre la propagacion de los conocimientos por que esta mejora existe ya; solo nos resta ocuparnos de la instruccion misma, y ojalá pudiésemos contribuir á la unidad y sistema que ha empezado á darsele.

FOLLETON.

EL PRECIO DE LA VIDA. (*)

Por Eugenio Scribe.

HISTORIA SACADA DE LAS MEMORIAS DE UN CABALLERO BRETON.

Traducida del francés per G. P.



Decían que desde su infancia se había ocupado de májic, de encantos; que había hecho un pacto con el diablo, y nuestro posadero que á la simpleza de un Champenois, reunia la credulidad de nuestros buenos paisanos Bratones, nos atestiguó descaradamente que en el castillo del duque de C. . . . donde había muerto Fabert, habíase visto un hombre negro, que nadie conocía, penetrar en su aposento y desaparecer, llevando consigo el alma del mariscal, que anteriormente había com-

prado y que le pertenecía; además, que aun ahora en el mes de Mayo aniversario de la época de la muerte de Fabert, se vió aparecer de noche una pequeña luz llevada por el hombre negro. Esta relacion alegró los postres y bebimos una botella de champagne por el jénio familiar de Fabert, rogándole quisiera acordarnos tambien á nosotros su proteccion y hacernos ganar algunas batallas como las de Collioure y Marfeo.

Al siguiente dia me levanté muy temprano y me encaminé al castillo del duque de C. . . ., inmensa y gótica mansion, que en cualquier otro momento hubiera observado, pero ahora solo miraba con una curiosidad mezclada de emocion, recordando la relacion que nos hiciera el dia anterior el posadero de las Armes de France.

El peje á quien me diriji me respondió que ignoraba si su amo estaba visible y sobre todo si podía recibir. Hiciele oír mi nombre, y salió dejándome en una especie de sala de armas, decoradas con

(*) Véase el número 15.

La enseñanza religiosa es una cuestión que se deriva de las demás que hasta aquí hemos considerado, pues habiéndose reconocido la necesidad de aumentar y de perfeccionar la instrucción en los ramos relativos á la sociedad, debe admitirse también esta misma necesidad en la instrucción religiosa que tanta relación tiene con la buena organización social de los pueblos.

La religión no es otra cosa que un sentimiento de gratitud hácia el Ser Supremo representado por ciertos signos exteriores, y así como la inteligencia se desarrolla por la adquisición de los conocimientos, del mismo modo ese sentimiento debe ser dirigido con acierto, y perfeccionado por los mismos medios.

Del descuido de este deber nacen dos estados en el hombre tan perjudicial el uno como el otro. O ese sentimiento se desvanece en medio de la sensualidad, por el descuido del espíritu y por la exclusiva ocupación de la materia; ó toma un jiro estraviado y degenera en superstición y en fanatismo. En el primer caso la sociedad posee un enemigo mortal de su tranquilidad; por que el hombre, sin religión desprecia las le-

atributos de oca y retratos de familia.

Esperé algun tiempo, y nadie venía;—Estos carreras de "gloria y de honor" que había soñado, empieza por la antecasa—me dije á mi mismo; y solicitador descontento, la impaciencia me venció. Contado había ya dos ó tres veces todos los retratos de familia y todos las vigas del techo, cuando oí un ligero ruido en la sala siguiente á aquella en que me hallaba. Tenía una puerta mal cerrada que el viento acabó de entreabrir; miré y apercibí un lindísimo retrete, en el cual penetraba la luz por dos grandes ventanas y una puerta vidriera que daba vista á un parque magnífico; di algunos pasos en esta estancia y me detuve á la vista de un espectáculo que hasta entonces no había apercibido. Un hombre, con la espalda vuelta á la puerta por la que había entrado, se hallaba reclinado sobre un sofá: se levantó y sin apercibirme corrió bruscamente á la ventana. Abundantes lágrimas corrían por sus mejillas; y una profunda deses-

peración parecía impresa en todas sus facciones; permaneció algun tiempo inmóvil y con la cabeza oculta entre sus manos; después empezó á pasarse precipitadamente por el aposento.

Entonces me hallaba cerca de él; me apercibí y se sobresaltó; yo mismo desconchado y aturrido por mi indiscreción quería retirarme balbuciendo algunas palabras de excusa.

—¿Quién sois? ¿qué queréis?—me dijo con una voz fuerte reteniéndome por el brazo.

—Soy el caballero Bernardo de la Roche-Bernard, y llevo de Bretaña. . . .

—Ya sé, ya sé,—me dijo, y se arrojó en mis brazos, hízome sentar á su lado, me habló cariñosamente de mi padre y de toda la familia que conocía tan bien, que no dudé fuera el dueño del castillo.

—Sois el señor de C. . . .—le pregunté yo.

El se levantó y me miró escaltado, en segunda me respondió:

—el camino que conduce á la religión, dice

—M. de la Rivallière Fruendorf, es cómodo para la niñez, es árduo para la edad

—madura y penosa para la vejez: no por que las verdades proclamadas por la religión muden según los individuos, ó varien según los tiempos: nada en el mundo es más inmutable que ella; jamás hubo ni habrá sino una y única creencia que es el evangelio, un solo sentimiento que es el amor á Dios: pero para penetrarse de ambos, la infancia tiene mas capacidad que la edad madura: un espíritu nuevo aun recibe facilmente preceptos que se hacen después el regulador del pensamiento y el moderante de las acciones."

En efecto no es la niñez un obstáculo que impida perfeccionar la instrucción religiosa, y muy al contrario, poniendo tan solo á su alcance esas prácticas exteriores que no comprende, llega á considerar la religión con indiferencia, y vendrá un día en el cual se averguence de ejecutarlas y la sociedad tiene en su seno hombres sin religión y sin respeto á ella.

O se crée satisfacer la enseñanza religiosa

—Lo era en efecto, pero ya no lo soy; no soy nada.—Y observando mi admiración, exclamó:—Ni una palabra mas; jóven, no me preguntéis nada mas.

—Si, señor, yo he sido testigo sin quererlo de vuestro dolor; y si mi amistad y desinterés pueden proporcionaros algun consuelo. . . .

—Sí, sí, tenéis razon; no porque podais en nada cambiar mi suerte, pero al menos recibireis mi última voluntad y mis últimos votos. . . . Hé aquí el solo servicio que espero de vos.

Fué á cerrar la puerta y volvió hácia mí, que conmovido y temblando, esperaba sus palabras; ellas tenían algo de grave y de solemne. Su fisonomía sobretudo presentaba una expresión que aun no había visto en ninguna persona.

Esa frente que yo examinaba parecia marcada por la fatalidad. Su rostro era pálido, sus ojos negros lanzaban relámpagos en vez de miradas, y de tiempo en tiempo, sus facciones aunque alte-

con las reducidas nociones que se reciben en los colejos, ó bien se deja ese estudio para cuando se salga de ellos y se entre á ejercer distintos roles en la sociedad. En el primer lugar es querer reducir nuestra sublime religión á meras prácticas exteriores ó cuando mas á un ligero vislumbre de las verdades que contiene. En segundo lugar ese estudio solo puede hacerse por aquel que pasa su vida ocupado en revolver los libros de su biblioteca, pero no por aquellos que tienen que procurarse la satisfacción de sus necesidades domésticas.

Además los que hacen por sí mismos el estudio de la religión, están espuestos á los mismos errores en que hayan caído los autores que leen. La inteligencia humana tan débil y limitada es muy fácil de ser arrastrada por ellos á perderse en sus tinieblas.

Nosotros no atascamos con estas opiniones el modo de pensar particular ni el testimonio de la conciencia de cada uno. Si nos empeñamos tanto en la perfección de la instrucción religiosa es por que se puedan formar juicios exactos sobre ella: para que si alguno se desviae de la religión de nuestros padres, no sea por que su inteligencia

radas por el sufrimiento, se contractaban por una sonrisa iónica, infernal.

—Lo que es voy á revelar,—me dijo;—vá á confundir vuestro juicio. Dudareis. . . . No creareis. . . . yo mismo frecuentemente dudo aun, yo lo quisiera á lo menos, pero las pruebas están patentes, y hay aun, en todo lo que nos rodea, en mi misma organización, muchos otros misterios, que nosotros estamos condenados á vislumbrar sin poder comprenderlos.

Y se detuvo un instante como para recojer sus ideas, pasó lo mano por su frente y continuó:—

—Yo nací en este castillo; tenía dos hermanos mayores, sobre los que debía recaer los bienes y fortunas de nuestra casa; yo no tenía nada que esperar, sino el manteo y la capellanía, y sin embargo pensamientos de embición y de gloria fermentaban en mi cabeza y hacían latir mi corazón.

Desgraciado por mi obscuridad, ávido de renombre, yo no pensaba sino en los medios de adqui-

haya sido arrastrada por una de esas resoluciones fundadas en el error que se desvanecen, cuando desaparece aquel: sino por un juicio exacto que no puede existir sin un profundo conocimiento de la materia sobre la que debe caer el fallo.

Pero si queremos convencernos de la necesidad que existe de perfeccionar la instruccion religiosa, observemos los lamentables resultados que ha producido la ignorancia de los principios de la Religión.

¿De donde nació esa degradante y absoluta obediencia que el pueblo español é italiano prestaban al clero y cuyos perjuicios bien conocidos son de estos? Sin duda alguna era debida á la creencia que tenían de que un sacerdote había recibido de Dios la facultad de ser soberano en la tierra y tener á sus plantas un pueblo sumiso órgano fiel de sus ambiciosos deseos.

De aquí resultaba que la Religión de Jesu-Cristo se halló degradada y profanada. Todos aquellos hombres ambiciosos arrebatában su sagrado ministerio, y los sacerdotes virtuosos tenían que huir del cargo que solo á ellos les pertenecía.

La enseñanza religiosa debe pues ser mu-

rio, y esta idea me hacía insensible á todos los placeres, y á todas las dulzuras de la vida. El presente no era nada para mí, yo no existía sino en el porvenir, y este porvenir se me representaba bajo el aspecto mas sombrío. Tenía entonces cerca de treinta años y no era nada todavía. En esa época se elevaban por todos lados reputaciones literarias cuyo brillo se hacía visible hasta en nuestras provincias.

—“Ah!—me decía frecuentemente,—si yo pudiese á la intencíon crearme un nombre en la “carrera de las letras! esto sería siempre un regalo, y es en esto solo donde está la felicidad.”

Yo tenía por confidente de mis tristezas á un antiguo criado, un viejo negro, que estaba en nuestra castillo desde mucho ántes de mi nacimiento; era sin duda alguna el mas viejo de la casa, por que nadie se acordaba de haberlo visto entrar; lo jefe del país pretendía además que había cono-

cho mas estensa de la que vulgarmente se acostumbra. Sobre todo que esa estension que debe recibir no se entienda en las prácticas exteriores sino en el espíritu de la Religión. Por que con eso solo se conseguiría fastidiar las inteligencias que se desarrollan con esa precoz tendencia al saber y á la verdad.

El Colejio Nacional que ha desterrado de sí esa rutina de permanecer estacionarios cuando todo progresa en derredor, ha iniciado ya esa mejora, y esperamos que muy pronto todos los demás establecimientos seguirán su ejemplo é imitarán la asiduidad y el celo de sus dignos Preceptores. G. P.

FANTASIA.

Sin conocer las penas de la vida,
A este mundo engañoso me lance;
Y por la senda májica y florida,
Que me ofreció, sin vacilar crucé.

El me brindó sus esquisitos dones,
Me hizo admirar su pompa y majestad;
Y me entregué á brillantes ilusiones,
De que no ví jamás la realidad.

ocido en él al mariscal Fabert y asistido á su muerte.

En este momento mi interlocutor me vió hacer un gesto de sorpresa; detúvose y me preguntó lo que tenía:—

—Nada:—le respondí. Pero apesar de mí, pensaba en el hombre negro del que nos había hablado nuestro posadero en el día anterior.

Mr. de C. . . . continuó:

—Un día, delante de Santiago, este el hombre del negro, me entregaba á mi desesperacion sobre mi oscuridad y sobre la inutilidad de mis dias; y exclamaba:

—Daría diez años de mi vida por ser colocado en el primer lugar de nuestros autores.

—Diez años!—me dijo friamente; es mucho; es pagar muy caro una cosa muy poca; no importa acépto vuestras diez años. Yo los tomo, recordad vuestras promesas, yo guardaré las mías.

(Continuaré)

Felicidad! los hombres me decían,
Y en busca de ella sin cesar corrí;
Felicidad! los hombres repetían,
Fantasma hermoso que yo nunca ví.

En donde está? á los hombres preguntaba,
Quien és?; acaso algun mortal la vió?
Y á mi pregunta nadie contestaba,
Porque jamás ninguno la encontró.

Busquela en vano en medio á los salones,
Donde el lujo brilló con profusion;
Y al resumir mis propias impresiones,
Nada encontré que liene el corazón.

Busquela entónces en medio á los placeres,
Con que nos brinda májico el amor;
Y hallé un cariño ardiente en las mujeres,
Pero fugéz, mentido engañador.

Y disfruté cuanto hay aquí de hermoso,
Cuanto anheló mi loca voluntad;
No hubo placer que no gustára ansioso,
Por encontrar esa felicidad.

¿No existirá por Dios ella en la tierra?
Estará mas allá del ataúd?
¿Oh nó! que el mundo ese tesoro encierra,
¿Sabeis donde encontrarla? en la virtud. . . .

FERNIN FERREIRA.

Montevideo Junio 12 de 1851.

LA SOTA DE ESPADAS.

(Concluye).

—Yo gano,—dijo Hermann descubriendo su carta.

Un murmullo de admiracion circuló entre los jugadores; el banquero frunció las cejas un instante, pero inmediatamente volvió á aparecer en su rostro su sonrisa habitual.

Tchekalinski sacó un puñado de billetes de banco de su cartera y pagó en seguida. Hermann se guardó la ganancia y dejó la mesa; Naroumof no sabía lo que le pasaba:

Hermann tomó un vaso de limonada y se metió en su casa.

A la noche siguiente volvió á casa de Tchekalinski; se acercó á la mesa; todos los asistentes se apresuraron á dejarle puesto, y Tchekalinski le hizo una cortesia cariñosa.

Hermann tomó una carta en la que puso sus cuarenta y siete mil rublos y además lo que había ganado la noche anterior.

Tchekalinski echó cartas; á la derecha salió un caballo, y á la izquierda un siete.

Hermann enseñó un siete.

Hubo una aclamacion jeneral; Tchekalinski no estaba de buen humor; contó los noventa y cuatro mil rublos y los entregó á Hermann quien los tomó con mayor sañgre fria, se levantó y salió.

Al otro día se presentó á la hora acostumbrada; todo el mundo le esperaba, jenerales consejeros privados todos le rodeaban apretándose en el salon. En cuanto entró, los demás jugadores cesaron de poner en su impaciencia por verle enredarse con el banquero, quien, pálido aunque sonriendo siempre, le miraba como tomaba asiento y se disponía á jugar solo contra él. Cada uno deshizo un juego de naipes; Tchekalinski barajó y Hermann alzó, despues tomó una carta y la cubrió con un monton de billetes de banco; parecían los preparativos de un duelo: el mas profundo silencio reinaba en el salon.

Tchekalinski principió á tallar, temblando las manos: á la derecha salió una sota y á la izquierda un as.

—El as gana,—dijo Hermann descubriendo su carta.

—Vuestra sota ha perdido,—dijo Tchekalinski con voz meliflua.

Hermann se estremeció: en vez de un as tenía delante una sota de espadas; apenas podía dar crédito á sus ojos y no comprendía como se había podido engañar de aquella suerte.

Con los ojos fijos en la carta funesta le pareció que la sota de espadas le guiñaba el ojo sonriendo con ironía y reconoció, horrorizándose, un parecido extraño entre aquella sota de espadas y la difunta condesa...

—Maldita vieja!—exclamó espantado.

Tchekslinski recojió sus ganancias y Hermann permaneció durante largo tiempo inmóvil y aterrorizado, y cuando al cabo se levantó y salió de la sala hubo un momento de conversación estrepitosa. ¡Famoso jugador!—decían los asistentes: Tchekslinski barajó las cartas, y el juego continuó.

CONCLUSION.

Hermann se volvió loco, y se halla en el Hospicio de Oboukhof en el cuarto número 37. No responde á ninguna pregunta, y repite constantemente: ¡Tres,—siete,—es!—Tres,—siete,—sota!

Lisabeta Ivanouna se ha casado con un joven muy guapo, y Tomski ha ascendido á jefe de escuadra.

La siguiente composicion es el primer ensayo de una señorita Oriental de quince años.

El asunto y la sencillez de los versos demuestrán la facilidad con que han sido hechos; y si nuestra opinion fuese de alguna importancia la estimulariamos á que cultivase esa disposicion que se descubren en su primer trabajo.

¡Ojalá algun dia podamos ver figurar su nombre entre los de nuestros buenos poetas.

DESPELIDA A MIS BALCONES.

Adios, amados balcones,
Mi inocente diversion,
Ya se acabó mi alegría,
Todo para mí es dolor.

Yo quisiera conformarme,
Con mi triste situacion,
Y al ver no tiene remedio,
Se aumenta mas mi afliccion.

Mi corazon oprimido
No encuentra consolacion,
Pues se acabó mi contento,
Con mi única distraccion.

Oh que destino tan triste!
Dadme Dios mio valor,
Pues ya no cabe en mi pecho
Mi cuitado corazon.

Cada dia me hallo ménos,
En esta triste mansion;
El mal no tiene remedio,
Y este es el mayor dolor.

¡Cuan terrible es mi destino!
Lloro toda mi razon,
Mas conformarme no puede
Mi oprimido corazon.

Tiendo la vista dó quiera
Buscando una distraccion,
Pero no encontrando nada,
Se aumenta mas mi afliccion.

Canto, río, salto y brinco,
Por disipar mi mal humor,
Pero de nada me sirve,
Privada de mi balcon.

Como tortolita triste
Lloro sola en mi prision,
Una pérdida tan grata,
A mi triste corazon.

A. S.

CRONICA.

Sentimos que al escribir nuestra Crónica, nos sea preciso narrar un suceso tan inesperado como triste.

En efecto, el país ha perdido uno de sus primeros talentos y uno de sus mejores ciudadanos, en la persona del señor D. Fran-

cisco Joaquin Muñoz fallecido el lunes 9 del corriente á las tres de la mañana.

El señor Muñoz, en las difíciles misiones que ha llenado como hombre de Estado, jamás ha desmentido ese talento previsor y ese acendrado patriotismo, que le han hecho granjear tan justamente el aprecio y el respeto de sus compatriotas.

Como particular, era el modelo del buen padre, del buen esposo y del buen amigo.

Ninguna prueba mas práctica de la importancia de su pérdida, que las demostraciones de simpatía y dolor, con que el pueblo se dirigió al templo, sin otra invitacion que la que se habia hecho por medio de un aviso en el *Comercio del Plata*; para asistir á su entierro.

Su cuerpo fué llevado en brazos por toda la calle del 19 de Julio; figurando en el acompañamiento entre un gran número de personas distinguidas, los Excmos. Ministros de Gobierno, y Guerra el señor Jeneral de las Armas, el señor Jeneral Correa, el señor Coronel Tajés, y otros varios Jefes y Oficiales.

Llegados al Cementerio y reunidos al rededor de los restos mortuarios, los señores Ministros de Gobierno y Guerra tomaron la palabra; expresando ámbos en sus discursos, cuanto avaloraban la importancia de la pérdida que acababa de sufrir el País, y cuan eminentes eran los servicios, que el señor Muñoz le habia prestado en todas las épocas de su vida.

Sentimos no poder reproducir intactos estos discursos por la pequenez de nuestras columnas, y por otra parte ya han sido publicados en el *Comercio del Plata*.

Nos limitaremos á transcribir la bellísima improvisacion de nuestro bardo Oriental el señor D. Francisco A. de Figueroa, que hemos podido conseguir y que aun no ha sido publicada.

Ya no existe el patriote esclarecido!
He allí el triste ataud con sus despojos!
He aquí el Pueblo, que siente conmovido
Pena en el corazon, llanto en los ojos!
Siempre fiel á su Patria la ha seguido
Por senda ya de flores, ya de abrojos,
Mas, ay! tras la tormenta en barquilla
Ha naufragado, al dividir la orilla.

El hombre de consejo, y de talento,
El patriota entusiasta, y ardoroso,
Sucumbió á su mortal padecimiento,
Y ya ha subido al eterno reposo:
El cumplió su mision con lucimiento
Como hombre, como padre, y como esposo:
Adios Muñoz querido; tu memoria
Quedará en nuestros pechos, y en la historia.

Todas estas demostraciones con que el pueblo ha manifestado su dolor por el inesperado fallecimiento del señor D. Francisco Joaquin Muñoz, son la ofrenda mas digna que puede presentarse ante la tumba de un hombre.

Ellas deben servir de consuelo á su numerosa familia.

Nada nos resta, sino unir á ellas la expresion de nuestro respeto y veneracion por la memoria del gran hombre de Estado, del ciudadano eminente y del patriota de corazón.

Hemos visto el Programa de la funcion que ofrece al público el señor Ronchetti para su beneficio y las piezas de que se compone son bien escogidas.

Deseamos un feliz desempeño á los Artistas.

En el próximo número daremos la descripción de ella.

EL MINISTRO.

Letrilla.

Señor Ministro,
Sabe vuesaencia
Como administro
Con que vehemencia,
Con que desvelo
Defiendo y celo,—
Con que servicios
Libro de engaños
Y desperdicios,
Hace dos años
Y cuatro meses—
Los intereses
Que á mis cuidados
Encomendados
El fisco tiene.

¡Y eso a que viene?
Escelentísimo
Señor, á pelo:
Que es ya grandísimo
Mi desconsuelo,

Yo por mi parte
Conozco el arte
De hacer con esna
Filosofia
Ménos tirana,
La suerte mia,
Mae ¡ mi familia
Quien me la auxilia?
De diez mesadas
Que hay atrasadas
Ni una he cobrado.
QUEDO ENTERADO.

Bien: mas espero
Que, ya que he escrito
Este ligero
Memorialito,
Quiera vuesaencia
Pasar la vista
Por sus renglones,
Y ver la lista

De las razones
Que pongo en claro.
Yo aguardo emparo
Del hombre recto,
A cuyo aspecto
Mi frente egacho.
HOY NO HAY DESPACHO.

Pues de agonía
Me hallo hoy mas harto.
La espasa mia
Con sobre parto
Queda con tisis:
Mi hija en la crisis
Da un mal que aumenta
Mis infortunios,
Y la atormenta
Los novilleros:
Otro chiquillo
Con tabardillo:
¿Que he de llevarles?
No hay como darles
Ni una tisana?

VUELVA MAÑANA.

Mire vuecencia
Que no da espera
Ya mi indigencia.
Las lastimeras
Espociciones
Con que distraigo
Sus atenciones.
Muerto me caigo
Si son fugidas
Bien atendidas
Lean suplico
Y un cierto plico
Se satisfaga.

HOY NO SE PAGA.

De añadidura,
Temo un embargo;
Esto ya apura.
De penas largo
Es el resúmen,
Señor, consumen
Mis sinsabores
El diccionario,
Mis acreedores
El calendario.
Lea el escrito,
; Por San Benito!
Que es bonito todo.
Es él de un modo
Breve y esacto.

VERE EL EXTRACTO.

; Si el espédiente
Ya está completo!
; Si no hay pendiente
Mas que un decreto!
; Tenga vuecencia
De mi clemencia;
Tal vez le aburro
Con mi desgracia,
Mas ; dónde ocnro
Sino a su gracia?
; Ah! ; ya una vida
Tan afijuda
Me causa tedio!
; No habrá remedio
Para mi mal?

VISTA AL FISCAL.

F. P. y ALIAGA.

VARIETADES.

UN REMEDIO CONTRA LA IRA.

En una aldea de Alemania vivía en otros tiempos un matrimonio que no se quería mal pero que siempre estaba en guerra abierta. A la primera palabra un poco ágría, venía una constestacion peor, luego una injuria y tras de la injuria los porrazos. El marido decía á la mujer:

— Esa sopa está sosa, y hace veinte dias que te lo estoy diciendo.

— La mujer respondía:

— Para mí tiene bastante sal.

El marido encolerizado exclamaba:

— ¿Es así como la mujer debe responder á su marido? ; Tengo yo que conformarme con tu gusto?

La mujer añade:

— Allí tienes el bote de la sal, otra vez hazte tú mismo la sopa.

El marido fuera de sí coje el plato y lo tira al suelo. Entónces la mujer sin poder contenerse, grita, se incomoda y dirige á su marido toda especie de palabras duras de oír:

— Ah! ah! dice el marido, veo que hay que tomar la tranca y darte un poco en las costillas.

La mujer desconsolada se va á buscar al cura para pedirle su ayuda; y sus consejos; este reconoce que muchas veces la mujer tiene la culpa de ese mal trato de que se queja y la dice:

— No os habló mi predecesor de una agua maravillosa que tenemos aquí que todo lo cura?

— No, responde la mujer.

— Pues volved dentro de una hora y os daré un poco de ella.

El cura, despues que se ha ido, llama un frasquito de agua fresca, le echa un poco de azúcar y unas cuantas gotas de sencia de rosa para dulcificarla y perfumarla, y dice despues la esposa.

— Cuando vuestro marido entre por la noche en la taberna, y que se os figure que esté de mal humor, tomad un poquito de esta agua y conservadla en la boca, hasta que se calme y yo os respondo de que se acabarán vuestras disputas.

Así lo hizo, y la casa ante alborotada, estuvo tan sosegada que los vecinos decían: — ¿En que consiste que nuestros amigos no disputan mas?

Hebel.

ADVERTENCIA.

La MARIPOSA no admitirá en adelante comunicados que no traten un asunto de utilidad general y que no estén firmados con el nombre y apellido de su autor.

Imp. URUGUAYANA.